

## Desde la destrucción de Sodoma (Génesis 19) hasta Navidad: contrastes edificantes

Aunque las sinagogas y las iglesias citaron durante más de veinte siglos la destrucción de Sodoma y Gomorra para justificar bíblicamente la persecución y la violencia contra las minorías sexuales (“sodomitas”), la mayoría de los intérpretes bíblicos del último medio siglo han admitido que Sodoma fue condenada por la conducta de quienes intentaron violar a los dos ángeles visitantes de la ciudad en lugar de ofrecerles hospitalidad. A los leccionarios aún les falta incluir Génesis 19 para el tiempo de Adviento y Navidad pero el examen del Nuevo Testamento manifiesta claramente que tal selección sería sumamente adecuada pues la visita de ángeles, rehusar hospitalidad y la violencia, son motivos centrales.

En el evangelio de Lucas, obviamente, predominan las visitas angélicas. En la primera, sin embargo, el padre de Juan el Bautista, Zacarías, es penalizado con mudez por descreer del mensaje de Gabriel (Lucas 1:5-25). María, al contrario, cree en la promesa de Gabriel sobre el nacimiento milagroso de Cristo. Cuando éste ocurre, los pastores también reciben entusiasmados la proclamación del ángel y descubren al recién nacido en el pesebre de un establo pues “*no había lugar en la posada*” (Luc 2:7). Aunque el evangelio de Juan carece de una narración equivalente con un coro de ángeles, el prólogo sobre la encarnación enfoca aún más enfáticamente el tema de la hospitalidad rehusada: “Vino a los suyos y los suyos *no lo recibieron*. Pero todos quienes lo *recibieron*, que *creyeron* en su nombre...” (Juan 1:11-12)—un texto que incluso iguala la hospitalidad con la fe tal como la inolvidable imagen de Jesús golpeando a la puerta de la arrogante y hostil iglesia de Laodicea (Apoc 3:20).

Más aún que la de los otros evangelios, la narración de Mateo resalta el lugar privilegiado de las minorías sexuales, primero al romper con la tradición incluyendo mujeres en la genealogía de Jesús (1:1-17) y luego eligiendo cuatro de mala fama pues integraban minorías sexuales (Tamar, Rahab, Ruth y Betsabé), preparándonos así para aceptar la escandalosa situación de María. Sobre todo, no obstante, Mateo enfoca la aparición del ángel a José, quien primero redefine subversivamente lo que significa ser “justo”, evitando a que María fuese apedreada por adulterio (Mt 1:19; ver Jesús y la mujer adúltera en Juan 8:1-11). José estuvo a punto de divorciarse de ella, pero cree en el anuncio del ángel sobre el papel del Espíritu en la concepción de Jesús (Mt 1:20-25). También en Mateo, su historia de la “matanza de los inocentes” por el rey Herodes (2:13-18) nos recuerda, como la historia de Sodoma, que rehusar hospitalidad está asociado, frecuentemente, a expresiones de violencia.

Dado este paralelismo entre la historia de Sodoma y el nacimiento de Jesús, no sorprende que el mismo Jesús se refiera a Sodoma cuando envía en misión a sus discípulos especificando que su pecado fue la falta de hospitalidad (Mt 10:14-15 // Lc 10:8-12). Del mismo modo, la Carta a los Hebreos enfatiza que la hospitalidad es fundamental para la praxis cristiana del amor, “pues muchos recibieron ángeles sin saberlo” (13:1-2) y, del mismo modo que Santiago, subraya el privilegiado lugar de la prostituta Rahab en la historia de la salvación, la única mujer ejemplo de fe hospitalaria en Heb 11:31; equivalente a Abraham en Santiago 2:25.

Después de la eliminación de los 48 textos sobre Sodoma del arsenal de las iglesias para la discriminación, opresión y violencia contra los “sodomitas” (minorías sexuales de todas clases), fueron iniciados serios esfuerzos para fabricar un arma nuclear definitiva utilizando Romanos 1:26-27. El problema mayor, usualmente escondido de los aliados ingenuos, fue que Romanos 1:26, en realidad, no dice nada explícito sobre las lesbianas. Este hecho ya había sido reconocido por los padres de la iglesia hasta el siglo cuarto de nuestra era quienes también reconocieron que el texto refiere a mujeres que se ofrecían a varones para el sexo anal (heterosexual), evitando así la procreación. Además, el manojo restante de instrumentos superados —Lev 18:22; 20:13; 1 Cor 6:9; 1 Tim 1:10; Jude 7— todos comparten la ominosa falta de referirse sólo a varones (en actos de sexo anal abusivo, corrompiendo a jóvenes, violando a esclavos, o pagando a prostitutas en los cultos idólatras). Por lo tanto surgió la obsesión de hacer de Rom 1:27 la bala fatal que condena la “homosexualidad”.

Desdichadamente, el apóstol Pablo rehusó colaborar, pues una exégesis cuidadosa reveló que (1) el género literario que eligió para Romanos 18-32 era el de la Caída de la Civilización, destinado a describir la caída de toda la especie humana en una idolatría que Dios castigó abandonándolos a la impureza sexual; (2) el texto funcionó como una trampa retórica que saltó solamente en Rom 2:1-16, así condenando a quienes habían querido usar 1:18-32 para condenar a otros; (3) cuatro de los elementos que parecen tan negativos en 1:24-27 cuando la trampa está siendo armada, son transformados en el curso de la carta eliminando toda base para condenar al erotismo homosexual por “impuro”, “antinatural”, “vergonzoso” o por “cambio” vil. Aunque el quinto elemento negativo de la retórica de 1:24-27 (la condenación de la codicia, el exceso de pasión que daña al prójimo) no sufrió ninguna deconstrucción, la ecuanimidad y justicia de Pablo lo llevan a aplicar esta norma a cualesquiera excesos sexuales, en especial al adulterio heterosexual, no sólo a los excesos homoeróticos (tanto en 1:24-27 como en 13:8-14).

Finalmente, para peor, los biblistas llegan a admitir que Pablo sólo reveló el propósito final de su carta en la exhortación a las iglesias en casa de Roma que se querellaban mutuamente a cesar de criticarse y, más bien, “*recibirse* la una a la otra, como Cristo nos recibió para la gloria de Dios” (Rom 15:7). De ese modo, en lugar del arma apuntada contra los “sodomitas”, reconocemos en la carta a los Romanos el eco del mensaje de hospitalidad del evangelio. Incluso la doctrina de la justificación por la fe de Pablo expresaría en una metáfora legal el mensaje de la parábola del hijo pródigo de Jesús, donde el Padre que representa a Dios da *la bienvenida* al hijo perdido a quien el hermano mayor había condenado (Luc 15:11-32).

Tal vez, si las iglesias que todavía defienden una política “al estilo del Hermano Mayor” (de rehusar la hospitalidad a las minorías sexuales) podrían volver a leer el relato de la Navidad y todo el Nuevo Testamento a la luz del pecado verdadero de Sodoma en Génesis 19, veríamos menos iglesias divididas y más bienvenida amoroso a las minorías sexuales “*para la gloria de Dios*” (Rom 15:7).